

MILAGROS DE VIDA

J. G. Ballard

1

LLEGADA A SHANGHAI (1930)

Nací en el Hospital General de Shanghai el 15 de noviembre de 1930, tras un parto difícil que a mi madre, de constitución delgada y caderas finas, le gustaría describirme años más tarde, como si aquello revelara algo sobre la desconsideración del mundo. Mientras cenábamos solía decirme que mi cabeza se había deformado mucho durante el parto, y creo que en su opinión ese detalle explicaba en parte mi carácter rebelde en la adolescencia y la juventud (un amigo médico dice que no hay nada extraordinario en ese tipo de parto). Mi hermana Margaret, que vino al mundo en septiembre de 1937, nació por cesárea, pero nunca oí a mi madre decir que aquello tuviera mayor envergadura.

Vivíamos en el 31 de Amherst Avenue, en la zona residencial del oeste de Shanghai, unos setecientos metros más allá del límite de la Colonia Internacional, pero dentro de la zona más amplia controlada por la policía de Shanghai. La casa sigue en pie, y en 1991, cuando visité Shanghai por última vez, era la biblioteca del Instituto Nacional de Electrónica. La Colonia Internacional, a lo largo de cuyo límite sur se encontraba la Concesión Francesa que casi la igualaba en tamaño, se extendía desde el Bund, la hilera de bancos, hoteles y empresas que daban al río Huangpu a lo largo de casi ocho kilómetros en dirección al oeste. Prácticamente todos los grandes almacenes, restaurantes, cines, emisoras y clubes nocturnos se encontraban en la Colonia Internacional, mientras que las fábricas estaban situadas en grandes zonas peri

féricas de Shanghai. Los cinco millones de habitantes chinos tenían libre acceso a la colonia, y la mayoría de las personas que veía por las calles eran chinas. Creo que había unos cincuenta mil extranjeros: británicos, franceses, estadounidenses, alemanes, italianos, suizos y japoneses, y un gran número de rusos blancos y refugiados judíos.

Shanghai no era una colonia británica, como cree la mayoría de la gente, y no tenía nada que ver con Hong Kong o Singapur, ciudades que visité antes y después de la guerra y que parecían poco más que fondeaderos para barcos cañoneros, bases de reabastecimiento para el ejército en lugar de vibrantes centros comerciales, y que dependían demasiado de la ginebra con angostura y los brindis por el rey. Shanghai era una de las ciudades más grandes del mundo, como lo sigue siendo ahora, en un noventa por ciento china y cien por cien americanizada. Las estrafalarias exhibiciones publicitarias—tengo grabada en la memoria la guardia de honor compuesta por cincuenta jorobados chinos a las puertas del estreno de la

película *El jorobado de Notre Dame*— formaban parte de la realidad cotidiana de la ciudad, aunque a veces me pregunto si el elemento del que carecía la ciudad era precisamente la realidad cotidiana.

Con sus periódicos en todos los idiomas y sus montones de emisoras de radio, Shanghai era una ciudad mediática adelantada a su época, considerada el París de Oriente y la «ciudad más pecaminosa del mundo», aunque de niño yo no sabía nada de sus miles de bares y burdeles. El capitalismo sin límites recorría llamativamente las calles llenas de mendigos que exhibían sus llagas y heridas. Shanghai era importante a nivel comercial y político, y durante muchos años fue la base principal del Partido Comunista Chino. En los años veinte se produjeron encarnizadas batallas callejeras entre los comunistas y las fuerzas del Kuomintang de Chiang Kai-chek, seguidas en los años treinta por frecuentes atentados terroristas con bombas, que apenas debían de resultar audibles con la música de fondo de los interminables clubes nocturnos, las exhibiciones de acrobacias aéreas y el lucro implacable. Entretanto, los camiones del Ayuntamiento de Shanghai recorrían a diario las calles recogiendo los cientos de cuerpos de indigentes chinos que morían de inanición en las aceras de la ciudad, las más duras del mundo. Las fiestas, el cólera y la viruela coexistían de algún modo con los trayectos de un niño inglés en el Buick familiar hasta la piscina del club de campo. El intenso dolor de oídos que provocaba el agua contaminada se veía aliviado por las ilimitadas Coca-Colas y los helados, y por la promesa de que el chófer pararía de vuelta a Amherst Avenue para comprar los últimos cómics estadounidenses.

Cuando vuelvo la vista atrás y pienso en la educación de mis hijos en Shepperton, me doy cuenta de la cantidad de cosas que tuve que asimilar y digerir. En cada paseo en coche que daba por Shanghai, sentado con la niñera rusa Vera (supuestamente para evitar un intento de secuestro por parte del chófer, aunque no me imagino hasta qué punto aquella quisquillosa joven se habría arriesgado por mí), veía algo extraño y misterioso, pero me parecía normal. Creo que esa era la única forma posible de ver el caleidoscopio radiante y a la vez sangriento que era Shanghai: prósperos hombres de negocios chinos deteniéndose en Bubbling Well Road a saborear un dedal de sangre extraída del pescuezo de un ganso furioso atado a un poste de teléfono; jóvenes gánsters chinos vestidos con trajes estadounidenses dando una paliza a un tendero; mendigos peleándose por sus sitios; hermosas camareras rusas sonriendo a los transeúntes (me preguntaba qué tales niñeras serían comparadas con la hosca Vera, que controlaba malhumoradamente mi mente hiperactiva).

No obstante, Shanghai me parecía un lugar mágico, una fantasía autogeneradora capaz de dejar muy atrás mi tierna mente. Siempre había algo raro e incongruente que ver: unos grandes fuegos artificiales que celebraban la apertura de un nuevo club nocturno mientras los carros blindados de la policía de Shanghai embestían contra una multitud vociferante de obreros amotinados; la legión de prostitutas con abrigo de piel situadas en el exterior del Hotel Park, «esperando a unos amigos», según me decía Vera. Las cloacas desembocaban en

el hediondo río Huangpu, y toda la ciudad apestaba
Yo en Shanghai en 1934.

a porquería, enfermedad y miasmas de la manteca de los miles de vendedores de comida china. En la Concesión Francesa, los enormes tranvías atravesaban las multitudes a toda velocidad y con gran estruendo, haciendo sonar sus campanas. Todo era posible, y se podía comprar y vender de todo. Hoy parece un decorado en muchos aspectos, pero en su día era real, y creo que una parte de mis obras de ficción han constituido un intento por evocarla a través de otros medios aparte de la memoria.

Sin embargo, al mismo tiempo, la vida de Shanghai tenía un lado estrictamente formal: los banquetes de boda en el Club Francés, en los que yo hacía de paje y probé los canapés de queso por primera vez, que me parecieron tan asquerosos que pensé que había pillado una terrible enfermedad nueva. En el hipódromo de Shanghai se celebraban carreras de caballos, y todo el mundo se vestía de etiqueta, mientras que en la embajada británica del Bund se organizaban diversas reuniones patrióticas, acontecimientos muy formales que conllevaban horas de espera y que por poco me volvían loco. Mis padres organizaban cenas de afectada solemnidad en las que todos los invitados probablemente estaban borrachos y normalmente concluían para mí cuando un alegre colega de mi padre me encontraba escondido detrás de un sofá, escuchando conversaciones que no esperaba entender.

—Edna, hay un polizonte a bordo...

Mi madre me habló de una recepción celebrada a principios de los años treinta en la que me presentaron a la señora Sun Yat-sen, la viuda del hombre que derrocó a los manchúes y se convirtió en el primer presidente de China. Sin embargo, creo que mis padres probablemente preferían a su hermana, la señora de Chiang Kai-chek, buena amiga de Estados Unidos y de las grandes empresas estadounidenses. Mi madre era entonces una hermosa joven de treinta y tantos años y una figura popular en el club de campo. En una ocasión fue elegida por votación la mujer mejor vestida de Shanghai, pero no estoy seguro de si ella se lo tomaba como un cumplido o si realmente disfrutó del tiempo que pasó en Shanghai (aproximadamente de 1930 a 1948). Años más tarde, cuando ya había cumplido los sesenta, se aficionó a los viajes en avión de larga distancia y visitó Singapur, Bali y Hong Kong, pero no volvió a Shanghai.

—Es una ciudad industrial —explicó, como si de ese modo zanjara el tema.

Sospecho que a mi padre, con su pasión por H. G. Wells y su confianza en la ciencia moderna como salvadora de la humanidad, le gustaba mucho más Shanghai. Siempre decía al chófer que redujera la velocidad cuando pasábamos por los lugares importantes de la ciudad: el Instituto Radiológico, donde se curaba el cáncer; la enorme finca de los Hardoon, en el centro de la Colonia Internacional, creada por un magnate inmobiliario iraquí al que un adivino había dicho que se moriría si dejaba de edificar, y que había seguido construyendo complejos pabellones por todo Shanghai, muchos de los cuales eran edificios sin puertas ni interior. Un día, en medio del caos del tráfico del Bund, señaló a

«Dos Pistolas» Cohen, el entonces famoso guardaespaldas de los caudillos chinos, y yo miré con asombro infantil un gran coche estadounidense con hombres armados apostados en los estribos, al estilo de Chicago. Antes de la guerra mi padre solía llevarme al otro lado del río Huangpu, a la fábrica que su empresa tenía en la orilla oriental; todavía recuerdo el espantoso ruido de las naves de hilado y tejido, los cientos de telares enormes vigilados por adolescentes chinas, preparadas para detener la máquina si se rompía un solo hilo. Hacía mucho tiempo que aquellas campesinas chinas se habían quedado sordas por el estrépito, pero eran el único apoyo con que contaban sus familias, y mi padre abrió una escuela al lado de la fábrica en el que las chicas analfabetas podían aprender a leer y escribir y tener alguna posibilidad de convertirse en oficinistas.

Aquello me impresionaba mucho, y meditaba largo y tendido en el viaje de vuelta hacia el otro lado del río, mientras el transbordador evitaba las decenas de cadáveres de chinos cuyos empobrecidos familiares no podían permitirse un ataúd y los arrojaban a las aguas residuales en el desagüe de Nantao. Adornados con flores de papel, los cuerpos se movían a la deriva de un lado a otro mientras el ajetreado tráfico fluvial de los sampanes motorizados se abría camino a través de la bamboleante regata.

Shanghai era extravagante pero cruel. Incluso antes de la invasión japonesa de 1937, cientos de miles de campesinos chinos desarraigados se vieron atraídos por la ciudad. Pocos encontraron trabajo, y ninguno encontró caridad. En aquella época anterior a la aparición de los antibióticos, había oleadas de epidemias de cólera, fiebre tifoidea y viruela, pero de algún modo sobrevivimos, en parte porque nuestros diez criados vivían en la finca (en unas dependencias del servicio que eran el doble de grandes que mi casa de Shepperton). El ingente consumo de alcohol puede que ejerciera una función profiláctica; años más tarde, mi madre me dijo que varios empleados ingleses de mi padre bebían sin parar durante la jornada laboral en la oficina y seguían bebiendo hasta la noche. Aun así, yo contraí la disentería amébrica y pasé unas largas semanas en el Hospital General de Shanghai.

En conjunto, estaba bien protegido, habida cuenta de los temores a que fuera secuestrado. Mi padre estaba involucrado en disputas laborales con los líderes sindicalistas comunistas, y mi madre creía que lo habían amenazado de muerte. Supongo que llegó a algún tipo de arreglo con ellos, pero guardaba una pistola automática entre sus camisas en el armario de una habitación, y yo la encontré a su debido tiempo. A menudo me quedaba sentado en la cama de mi madre con la pequeña arma cargada, desfundando como los pistoleros y apuntando a mi reflejo en el espejo de cuerpo entero. Tuve la suerte de no dispararme y la sensatez de no alardear delante de mis amigos del Cathedral School.

Pasábamos los veranos en el centro turístico costero de Tsingtao, al norte, lejos del calor atroz y el hedor de Shanghai. Los maridos se quedaban en la ciudad, y sus jóvenes esposas se lo pasaban en grande con los oficiales de la Marina Británica que estaban de permiso. Hay una fotografía en la que aparece una docena de mujeres vestidas elegantemente, todas ellas sentadas en una silla de mimbre y con un oficial

bronceado sonriendo radiantemente detrás de ellas. ¿Quiénes eran los cazadores y quiénes los trofeos?

Amherst Avenue era una calle de grandes casas de estilo occidental que llegaba aproximadamente un kilómetro y medio más allá del perímetro de la Colonia Internacional. Desde el tejado de nuestra casa contemplábamos el campo abierto, un terreno interminable de arrozales, pueblecitos, canales y tierra cultivada que avanzaba en dirección a lo que más tarde se convirtió en el campo de internamiento de Lunghua, unos ocho kilómetros hacia el sur. La casa era un edificio de tres plantas construida en parte con madera al estilo del barrio residencial de lujo de Surrey. Cada nacionalidad extranjera presente en Shanghai construía sus casas en su propio idioma: los franceses construían casas de campo provenzales y mansiones art déco; los alemanes, cajas blancas de estilo Bauhaus; y los ingleses, sus elegantes fantasías de club de golf, ejercicios de una nostalgia parcialmente falsa que reconocería décadas más tarde al visitar Beverly Hills. Sin embargo, todas las casas, al igual que el 31 de Amherst Avenue, solían tener interiores típicamente estadounidenses: cocinas excesivamente espaciales, despensas del tamaño de habitaciones con gigantescas neveras, calefacción central y doble acristalamiento, y un cuarto de baño en cada cuarto. Aquello conllevaba una privacidad física total. Nunca vi a mis padres desnudos ni juntos en la cama, y siempre usaba el baño y el váter que había al lado de mi habitación. Por el contrario, mis hijos compartieron casi todas las intimidades posibles con mi mujer y conmigo, los mismos grifos, el mismo jabón y las mismas toallas, y espero que la misma sinceridad respecto al cuerpo y sus funciones demasiado humanas.

Sin embargo, es posible que a mis padres les costara más conseguir la privacidad física en nuestra casa de Shanghai de lo que yo me imaginaba de niño. Había diez criados chinos: Chico Número 1 (treintañero y el único que hablaba un inglés fluido), su ayudante Chico Número 2, Culi Número 1, para las pesadas tareas de la casa, su ayudante Culi Número 2, una cocinera, dos doncellas (mujeres de duros puños con diminutos pies vendados, que nunca sonreían ni mostraban la más mínima señal de afabilidad), un jardinero, un chófer y un vigilante nocturno que rondaba el camino de entrada y el jardín mientras nosotros dormíamos. Por último, había una niñera europea, generalmente una joven rusa blanca que vivía en la casa principal con nosotros.

El hijo de la cocinera era un muchacho de mi edad cuyo nombre mi madre no olvidó hasta que cumplió noventa años. Yo intentaba desesperadamente entablar amistad con él, pero nunca lo conseguía. No le permitían entrar en el jardín principal, y se negaba a seguirme cuando lo invitaba a trepar a los árboles conmigo. Se pasaba la vida en un callejón situado entre la casa principal y las dependencias del servicio, y su único juguete era una lata vacía de leche en polvo. Tenía tres agujeros en la tapa, por los que lanzaba piedrecitas, y luego quitaba la tapa y miraba dentro. Hacía aquello durante horas, lo que me dejaba perplejo y desafiaba mi brevísima capacidad de concentración. Consciente de que tenía una habitación llena de caros juguetes británicos y alemanes (que cada mes de septiembre se encargaban en

Hamleys, en Londres), hice una selección de coches, aviones, soldaditos de juguete y acorazados en miniatura y se los llevé. El niño se quedó desconcertado al ver aquellos extraños objetos, de modo que lo dejé para que los examinara. Dos horas más tarde volví y lo encontré rodeado de los juguetes sin tocar, lanzando piedras a su lata. Ahora me doy cuenta de que probablemente se trataba de un juego de envite. Yo le había regalado los juguetes con ánimo sincero, pero cuando esa noche me fui a la cama descubrí que los había devuelto todos. Espero que aquel muchacho chino tímido y simpático sobreviviera a la guerra, y a menudo me acuerdo de él con su lata y sus piedrecitas, absorto en su mundo particular.

Aquel gran número de criados, totalmente característico de las familias occidentales acomodadas, era posible gracias a los bajos salarios que se pagaban. Chico Número 1 recibía aproximadamente treinta libras al año (unas mil libras según el valor actual) y los culis y las criadas unas diez libras al año. Vivían en las dependencias del servicio sin pagar alquiler, pero tenían que comprarse la comida. Periódicamente, una delegación encabezada por Chico Número 1 abordaba a mi madre y a mi padre cuando estaban bebiendo whisky con soda en la terraza y les explicaban que el precio del arroz había vuelto a subir, y es de suponer que mi padre les aumentaba el sueldo conforme a la situación. Incluso después de que los japoneses se apoderaran de la Colonia Internacional en diciembre de 1941, mi padre mantuvo a todo el personal del servicio, aunque la actividad empresarial había disminuido drásticamente. Después de la guerra, me explicó que los criados no tenían adónde ir y que probablemente habrían perecido si él los hubiera despedido.

Curiosamente, aquella preocupación humana iba de la mano de unas convenciones sociales que hoy día parecen impensables. Nos dirigíamos a los criados como «Chico Número 1» o «Culi Número 2» y nunca por sus verdaderos nombres. Mi madre podía decir: «Chico, dile al Culi Número 2 que barra la entrada...» o «Chico Número 2, enciende las luces del vestíbulo...». Yo empecé a hacer lo mismo desde edad muy temprana. Al responder a mi padre, Chico Número 1 decía: «Amo, yo decir a Chico Número 2 que comprar un filete al comprador»; se refería al almacén de comestibles profusamente surtido de la Avenue Joffre que abastecía nuestra cocina.

Habida cuenta de la dura vida en las calles de Shanghai, y de la hambruna, las inundaciones y la interminable guerra civil que había asolado sus pueblos, los criados podían estar razonablemente contentos, sabedores de que miles de chinos indigentes vagaban por las calles de Shanghai, dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de encontrar comida. Todas las mañanas, cuando me llevaban en coche al colegio, me fijaba en los ataúdes nuevos que habían dejado al borde de la carretera, en ocasiones ataúdes en miniatura adornados con flores de papel que contenían a niños de mi edad. Los cadáveres yacían en las calles del centro de Shanghai, regados con lágrimas por campesinas a las que nadie prestaba atención en medio del tumulto de los transeúntes. Mi padre me llevó una vez a su despacho

en Szechuan Road, cerca del Bund, donde una familia china había pasado la noche acurrucada contra la reja de acero de la escalera de la entrada. Los guardas de seguridad los habían expulsado, y habían dejado a un bebé muerto junto a la reja, cuya vida se había apagado a causa de la enfermedad o del intenso frío. En Bubbling Well Road, nuestro coche tuvo que detenerse cuando el culi del carrito que teníamos delante paró de repente, se bajó sus pantalones de algodón, se inclinó hacia delante y defecó un torrente de líquido amarillo en el borde de la carretera, con el que entraría en contacto la multitud que pasaba por allí y que se extendería por todo Shanghai, llevando la disentería o el cólera a todas las fábricas, tiendas y oficinas de la ciudad.

Al ser un niño de cinco o seis años, debía de aceptar todo aquello sin pensar, así como el trabajo agotador de los culis que descargaban los barcos en el Bund, hombres de mediana edad con venas prominentes en las pantorrillas que se tambaleaban y suspiraban bajo el enorme peso que colgaba de los balancines de sus hombros, moviéndose a paso lento en dirección al almacén de los comerciantes chinos. Luego se sentaban en cuclillas con un cuenco de arroz y una hoja de col que les daban la energía necesaria para soportar aquellas monstruosas cargas. En Nanking Road, los niños mendigos chinos perseguían nuestro coche y daban golpecitos en las ventanillas gritando: «No mamá, no papá, no whisky con soda...». ¿Habían aprendido el grito que les lanzaban irónicamente los europeos a los que les importaban un bledo?

Cuando tenía seis años, antes de la invasión japonesa de 1937, un viejo mendigo se sentó con la espalda apoyada en el muro que había al pie de la entrada de nuestra casa, en el lugar donde nuestro coche paraba antes de meterse en Amherst Avenue. Lo miré desde el asiento trasero de nuestro Buick; era un anciano vestido con harapos, malnutrido durante toda su vida, que exhalaba sus últimos suspiros. Agitaba una lata de cigarrillos a los transeúntes, pero nadie le

daba nada. Al cabo de dos días, estaba visiblemente más débil, y le pregunté a mi madre si el Culi Número 2 podía llevar un poco de comida al anciano. Finalmente, cansada de que yo le diera la lata, mi madre cedió y dijo que el culi le llevaría un plato de sopa. Al día siguiente nevó, y el anciano quedó cubierto por un manto blanco. Recuerdo que me dije que estaría más caliente debajo de un suave edredón. Él permaneció allí durante varios días debajo de su manto de nieve, y luego desapareció.

Cuarenta años más tarde pregunté a mi madre por qué no había dado de comer a aquel anciano sentado en la entrada de nuestra casa, y ella contestó: «Si le hubiéramos dado de comer, al cabo de dos horas habríamos tenido a cincuenta mendigos». A su manera, tenía razón. Los europeos emprendedores habían llevado una inmensa prosperidad a Shanghai, pero ni siquiera la riqueza de Shanghai podía dar de comer a los millones de chinos indigentes que se dirigían a la ciudad empujados por la guerra y la hambruna. Todavía me acuerdo de aquel hombre, un ser humano abocado a un final tan desesperado a escasos metros de la acogedora habitación rodeada de caros juguetes alemanes donde yo dormía.

Pero cuando era niño me contentaba fácilmente con un pequeño acto de bondad, un hipotético plato de sopa que seguramente sabía que solo era una frase en los labios de mi madre. A los catorce años me había vuelto tan fatalista respecto a la muerte, la pobreza y el hambre como los chinos. Sabía que la bondad por sí sola daba de comer a unas cuantas bocas, pero no salvaba vidas.

Recuerdo muy pocas cosas anteriores a los cinco o seis años, cuando entré en el curso inferior del Cathedral School para niños. El colegio seguía las directrices inglesas, con un programa orientado a los exámenes para la obtención del certificado escolar o su equivalente antes de la guerra, dominado por las clases de latín y de las Sagradas Escrituras. Los profesores eran ingleses, y sorprendentemente nos hacían trabajar duro, teniendo en cuenta las visitas a clubes nocturnos y

Yo a los cinco años en la escuela de equitación de Shanghai.

las cenas que regían la vida de mis padres. Dábamos dos horas de latín cada día y nos mandaban muchos deberes. El director era un clérigo de la Iglesia de Inglaterra llamado reverendo Matthews, un sádico que no solo daba rienda suelta a su vara, sino también a sus puños y que pegaba brutalmente a niños muy pequeños. Estoy seguro de que hoy día lo acusarían de malos tratos a los niños y de agresión. Milagrosamente, yo escapé a su ira, aunque no tardé en descubrir por qué. Mi padre era el presidente de una destacada empresa inglesa, y más tarde lo nombraron vicepresidente de la Asociación de Residentes Ingleses. Me di cuenta de que el reverendo Matthews solo castigaba con la vara o pegaba a los niños de las familias más humildes. Casi cada día golpeaba y humillaba a uno o dos niños, y todavía me sorprende que sus padres nunca se quejaron. Por extraño que parezca, todo ello formaba parte de la represiva tradición inglesa, que resultó no estar a la altura de otra tradición violenta, el bushido, y la violencia feroz impuesta por los suboficiales japoneses a los soldados a su mando.

Cuando el reverendo Matthews fue internado experimentó un cambio radical: abandonó su alzacuello y pasaba horas tomando el sol en una tumbona, e incluso se convirtió en una especie de mujeriego, como si por fin hubiera podido quitarse el disfraz que le había impuesto cierta clase de autoengaño inglés.

Recuerdo que cuando salíamos del colegio asistíamos a muchas fiestas infantiles acompañados de nuestras niñeras refugiadas, una oportunidad para que las chicas rusas y las alemanas judías intercambiaran cotilleos. Durante las vacaciones escolares, íbamos todas las mañanas en coche al club de campo, donde pasaba horas en la piscina con mis amigos. Era un buen nadador, y gané una cucharilla de plata al ser el primero en una competición de buceo, aunque me pregunto si el premio me fue concedido a mí o a mis padres.

En casa pasaba mucho tiempo solo. La vida social en el Shanghai de antes de la guerra era una ocupación a tiempo completo para mi madre, que jugaba al tenis en el club de campo, a bridge con sus amigas, se iba de compras y comía en los hoteles del centro. Por las noches asistía a cenas y hacía visitas a los clubes nocturnos.

Mi madre solía ayudarme con los deberes de latín, pero pasaba solo la mayor parte del día en una casa grande donde los criados no me miraban ni me dirigían la palabra, mientras la niñera leía las novelas de mi madre y ponía música de baile en la radiogramola. A veces escuchaba alguna de las docenas de emisoras de habla inglesa (me gustaba llamar por teléfono para pedir discos bajo el seudónimo de As) o jugaba al ajedrez con la niñera; mi padre me enseñaba a ganar, y yo enseñaba a las niñeras a perder. Las chicas rusas debían de morirse de aburrimiento conmigo, y una me dijo que el sonido del trueno que me asustaba era «la voz de Dios. Está enfadado contigo, James». Recuerdo que aquello me inquietó durante años. Por algún motivo, casi la creí.

De vez en cuando iba con mi madre o la niñera al cine, una de las enormes salas de estilo art déco que se alzaban sobre Shanghai. La primera película que vi fue Blancanieves, que me dejó muerto de miedo. La reina malvada, la esencia más pura del mal extendiéndose por el auditorio, me recordó demasiado a las madres de mis amigos cuando se hartaban de que les cambiara los muebles de sitio.

La mayoría de los libros infantiles que leía, como *Las mil y una noches*, los cuentos de los hermanos Grimm y *Los niños del agua*, eran terriblemente perturbadores, con ilustraciones inspiradas en los prerrafaelitas y Beardsley, llenas de opresivos interiores góticos y bosques iluminados con linternas. Seguramente aquellas obras me prepararon para los surrealistas. Leí las versiones infantiles de *Los viajes de Gulliver* y *Robinson Crusoe*, que me encantaron, sobre todo *Crusoe*, y todavía puedo oír el sonido de las olas en su playa. Devoraba cómics estadounidenses, que se vendían en Shanghai en todas partes y eran leídos por todos los niños ingleses: *Buck Rogers*, *Flash Gordon* y, más tarde, *Superman*. *Terry* y los piratas era mi favorito; trataba sobre un piloto mercenario estadounidense en el Lejano Oriente, y parte de él se desarrollaba en el Shanghai en el que yo vivía. Más tarde leí best sellers estadounidenses como *El cielo y tú*,

Babbit, *El caballero Adverse* y *Lo que el viento se llevó*. Mis padres estaban suscritos a varias revistas —*Life*, *Time*, el *New Yorker*, el *Saturday Evening Post*, etcétera—, de modo que pasaba horas hojeándolas y disfrutando del optimismo estadounidense.

También estaban los anuarios de *Chums* y *Boy's Own Paper*, agresivos compendios de gestas patrióticas. A. A. Milne y la serie *Las travesuras de Guillermo* pintaban una Inglaterra de clase media mítica, un mundo a medio camino de los condados de alrededor de Londres y *Peter Pan* mucho más alejado de la realidad de lo que lo estaban *Life* y *Time* de las realidades de la vida estadounidense. Sin embargo, los médicos, arquitectos, directores y clérigos británicos que conocí en Shanghai parecían confirmar ese dato. Conducían coches estadounidenses y tenían frigoríficos estadounidenses, pero en su lenguaje y sus modales no distaban demasiado de los doctores y maestros que encontraba en mis lecturas.

Todo ello otorgaba a los adultos británicos de Shanghai una cierta autoridad, que perdieron por completo pocos años después tras el hundimiento de los acorazados *Repulse* y *Prince of Wales* y la rendición de Singapur. Los británicos perdieron un respeto que nunca

recuperaron, como descubrí cuando los tenderos chinos, los dentistas franceses y los conductores de autobuses escolares indios hacían comentarios despectivos sobre el poder británico. El sueño de un imperio se truncó cuando Singapur se rindió sin oponer resistencia y nuestros aviones demostraron que no estaban a la altura de los pilotos de los cazas Zero, que contaban con un adiestramiento superior. A los once o doce años ya sabía que los noticiarios patrióticos no lograrían recomponer el rompecabezas británico. A partir de entonces, me mostré ligeramente receloso ante todos los adultos británicos.

Mis mejores amigos eran una familia inglesa llamada Kendall-Ward que vivía al final de Amherst Avenue y constituía una feliz excepción a todas las normas de la vida inglesa de los expatriados. Durante las vacaciones, paseaba en bicicleta y pasaba la mayor parte del día con ellos. Eran tres hermanos, a los que recuerdo bien, pero fueron los padres

los que me causaron un poderoso y duradero impacto. El señor Kendall-Ward era director ejecutivo de la Compañía Eléctrica de Shanghai, pero él y su mujer eran personas libres de convencionalismos que rara vez se mezclaban con otros residentes británicos en el plano social. El padre era un entusiasta de los trenes en miniatura, y la terraza cerrada, una habitación de unos diez metros de largo, estaba ocupada por un inmenso paisaje de túneles, montañas, pueblos, lagos y vías de tren, dispuestos sobre una plataforma que llegaba a la altura de la cintura y que estaba equipada con trampillas por las que él salía sin previo aviso para hacer algún ajuste en las vías. Una vez que hubo ocupado aquel enorme espacio, empezó a colonizar las habitaciones de al lado de la terraza, construyendo estrechas repisas alrededor de las paredes por las que las vías de tren se iban adentrando cada vez más en la casa.

La señora Kendall-Ward presidía aquel caos acogedor, cordial y alegre, rodeada de cuatro perros aïredale, mientras amamantaba a su nuevo bebé y me preguntaba por las últimas noticias del centro de Shanghai. Escuchaba con aparente interés mientras yo le hablaba en detalle de un nuevo buque de guerra francés o italiano que había echado las amarras a la altura del Bund. Hablaba con fluidez en chino con las criadas, una aptitud inaudita que me asombraba, y se dirigía a ellas por sus nombres. Poseía un rasgo excepcional entre los residentes de Shanghai, y es que solo contrataba a sirvientes femeninas, unas seis o siete criadas. Según mi madre, se trataba de un acto caritativo por parte de los Kendall-Ward; de no haber sido por ellos, a aquellas solteras de mediana edad les habría costado sobrevivir.

El hogar de los Kendall-Ward era completamente opuesto al del 31 de Amherst Avenue, y ha sido para mí una influencia que ha durado toda mi vida. Mi madre se mostraba cordial pero distante con todos los amigos que llevaba a casa. Las relaciones entre padres e hijos eran mucho más formales en los años treinta y cuarenta, y nuestra casa era un buen reflejo de ello, un espacio casi catedralicio de suelos de parquet pulido y muebles de ébano. En cambio, la casa de

los Kendall-Ward era un refugio desordenado, lleno de perros que ladraban, criadas que discutían y el ruido de la motosierra del señor Kendall-Ward al cortar la madera contra-

chapada, mientras los tres hermanos y yo patinábamos por las habitaciones y nos desmadrábamos en general. Yo sabía que aquella era la forma correcta de educar a los niños. Allí las apariencias no contaban para nada, y a todo el mundo se le animaba a seguir sus propias ideas, por disparatadas que fueran. La señora Kendall-Ward daba el pecho a su bebé en público, algo que solo hacían las mujeres chinas. Si iba por Shanghai en el Packard de la familia y paraba a comprar cómics para sus hijos, siempre incluía uno para mí, algo que nunca hacía mi madre ni ninguna otra mujer inglesa. Recuerdo vívidamente su amabilidad y buen carácter setenta años más tarde. Casi nunca me sentía infeliz en mi casa, pero siempre me sentía feliz en casa de los Kendall-Ward, y creo que ya entonces era consciente de la diferencia.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Título original: *Miracles of Life*

© 2008, J. G. Ballard

© 2008, de la edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2008, Ignacio Gómez Calvo, por la traducción

Primera edición: septiembre de 2008

Printed in Spain - Impreso en España